

do con el gobierno británico en Reichenbach, se vino en darle un socorro pecuniario, si tomaba parte en la guerra, y llegado lord Cathcar á Praga libró letras de cambio sobre Londres á fin de que lo más pronto posible se le facilitasen los recursos rentísticos de que necesitaba.

Tras de este ejército principal venía el de Silesia. Componíase de los cuerpos rusos de los generales Langerón y Saint-Priest, que juntos subían á más de cuarenta mil hombres; del cuerpo prusiano del general de York, que contaba treinta y ocho mil poco más ó menos, y finalmente de otro cuerpo ruso, el del general Sacken, fuerte de diez y siete á diez y ocho mil hombres. En totalidad presentaba una masa como de cien mil combatientes. Le tocaba cruzar el límite que había separado en Silesia á las tropas beligerantes durante el armisticio, cruzar el Katzbach, el Bóber, y aun repelerlos sobre Bautzen si Napoleón no asomaba por este lado. Mucho se le recomendó á Blücher la prudencia, aunque, rodeado de los oficiales prusianos más fogosos, teniendo por jefe de estado mayor en lugar del general Scharnhorst, muerto de sus heridas, al general Gneisenau, oficial agudo y dado á obrar por el primer impulso, no tenía á su lado quien le recordara sus juiciosas instrucciones.

El ejército del Norte reunido en torno de Berlín era el tercero de los activos, y el que debía mandar el príncipe real de Suecia. Fuerte de unos ciento cincuenta mil soldados de todas las naciones, comprendía veinticinco mil suecos y alemanes á las órdenes del general Steding, diez y ocho mil rusos á las del príncipe Woronzow, diez mil corredores, los más de ellos cosacos, á las de Wintzingerode, cuarenta mil prusianos á las del general Bulow, otros treinta mil prusianos á las del general Tauenzien, éstos destinados particularmente al bloqueo de las plazas, y por último una mezcla de ingleses, de hannoverianos, de alemanes, de anseatas, de insurgentes de las provincias sometidas á nuestra dominación, que bajo el mando del general Valmoden ascendían á veinticinco mil hombres. Parte de este numeroso ejército debía permanecer delante de las plazas de Dantzick, de Custrin, de Stettin, otra debía observar á Hamburgo, y la postrera más numerosa, fuerte de ochenta mil hombres, debía dirigirse hacia Magdeburgo y pasar por allí el Elba, si le era posible, y amenazar á Napoleón por su flanco izquierdo, mientras el grande ejército de Bohemia le amenazaba por su flanco derecho. Se esperaba que, marchando concéntricamente en su contra, deteniéndose cuando se arrojara sobre uno de los tres ejércitos, pero avanzando sobre el punto donde no se hallara en persona, y procurando ganar algún terreno de continuo, se acabaría por estrecharle cada vez más de cerca, y por encontrar quizá una ocasión de acometerle todos juntos para abrumarle bajo una tremenda masa de fuerzas.

A estos tres ejércitos activos, que formaban quinientos mil hombres y tenían consigo mil quinientas bocas de fuego, se agregó un conjunto de veinticinco mil soldados con destino á observar la Baviera, y otro de cincuenta mil encargados de hacer cara al príncipe Eugenio á la parte de Italia. Por lo demás, esperándolo todo el Austria, si bien no dando importancia alguna á lo que en esta región sucediese, dispuso que de Viena se

sacara lo más precioso en materia de archivos, de armas y objetos de arte. Con razón creía que la suerte del mundo se decidiría junto al Elba, entre Dresde, Bautzen, Magdeburgo, Leipsick, y resignábase á ver, lo que era poco probable, al príncipe Eugenio dentro de Viena, más bien que á alejar sus tropas del verdadero teatro de la guerra.

Estos dos ejércitos de Baviera y de Italia elevaban las fuerzas activas de la coalición á quinientos setenta y cinco mil hombres. A esta masa conviene añadir las reservas. Austria tenía sesenta mil hombres entre Presburgo, Viena y Lintz. Rusia contaba en Polonia cincuenta mil hombres á las órdenes del general Benningen, y otros cincuenta mil á las del príncipe Labanoff, prontos unos y otros á entrar en línea cuando su intervención fuera necesaria. Aún tenía Prusia alrededor de noventa mil reclutas que acababan de instruirse, lo cual presentaba un último fondo de doscientos cincuenta mil hombres, destinados á reparar las pérdidas que la guerra hiciese experimentar á las tropas que vinieran antes á las manos. Aunque las marchas debiesen aclarar muy luego las filas de estos ejércitos numerosos, fuerza es decir que los ochocientos mil y más hombres se hallaban todos en torno de banderas, y que en breve tendría que habérselas Napoleón con esta inmensa masa, no nominal, sino efectiva. Jamás en la historia se habían visto semejantes porciones de soldados puestas en movimiento, y nunca tampoco el motivo lo había merecido tanto, para la coalición por lo menos.

Ahora se puede juzgar hasta qué punto se había engañado Napoleón al admitir el armisticio de Pleiswitz. Lo había firmado por dos razones, según hemos dicho, por substraerse á las apremiantes instancias del Austria, relativamente á la paz, y porque acostumbrado á no hallar actividad en nadie más que en sí propio, no comprendiendo los prodigios que la pasión podía operar entre sus adversarios, creía que durante estos dos meses llegarían quizá doscientos mil hombres á sus filas y ni la mitad á las de sus contrarios.

Al revés había sucedido, pues, como va á verse, no añadió más de ciento cincuenta mil hombres á sus tropas, bien que sin contar el acrecentamiento de valor moral que debían á dos meses de instrucción y de reposo, al par que la coalición se reforzó con más de cuatrocientos mil soldados, incluyendo las fuerzas del Austria. Así no había sido el cálculo exacto. No por esto había dejado Napoleón de emplear los dos meses con actividad admirable, y además sus planes eran hábiles de sobra para desbaratar los de sus enemigos.

Según se ha dicho, la posición del Elba, no obstante la facilidad de que se rebasara desembocando de la Bohemia sobre Leipsick, fué adoptada por Napoleón como la mejor y hasta la única admisible. Dresde tan fortificada como podía estarlo desde que se hicieron saltar sus murallas, debía servirle de centro de operaciones y de principal establecimiento. Allí tenía sus arsenales, sus almacenes, sus depósitos y tres puentes. A siete ú ocho leguas hacia su derecha en el punto donde el Elba se mete por las montañas de Bohemia para penetrar en Sajonia, poseía los puestos fortificados de Koenigstein y de Lilienstein con un puente sólido y almacenes, á fin de poder maniobrar á elección sobre las dos márgenes del río. Hacia su izquierda, en Torgau,

quince leguas más abajo de Dresde, tenía obras, viveres y puentes, y lo mismo en Wittenberg y en Magdeburgo. Este último punto era además una vasta plaza, regularmente fortificada, dentro de la cual había depositado los enfermos y heridos de la campaña de la primavera, además de inmensos acopios de viveres y municiones. El puesto improvisado de Werben llenaba el vacío dilatado entre Magdeburgo y Hamburgo, y por último Hamburgo cubría el bajo Elba. Posible era, sin duda, pasar este río entre Magdeburgo y Hamburgo, á causa de la distancia que separa estas dos ciudades, distancia que el puesto de Werben llenaba imperfectamente; pero el enemigo que se propusiera acometer esta empresa, teniendo sobre los flancos las dos importantes plazas de Hamburgo y de Magdeburgo, y además de frente un cuerpo considerable, de cuya posición y de cuyo papel se va á dar noticia muy luego, no podía ensayarla, mientras el grande ejército colocado bajo la mano de Napoleón no perdiera su punto de apoyo de Dresde, lo cual originaba que en esta capital misma, donde Napoleón mandaba en persona, se hallase el nudo todo de la inmensa acción militar que iba á empreñarse.

Establecida así la línea de defensa sobre el Elba, falta saber cómo estableció allí Napoleón sus fuerzas. Adivinando los proyectos del enemigo, cual si hubiese asistido á las conferencias de Trachenberg, descubrió perfectamente que tendría encima tres ejércitos poderosos, uno hacia la derecha, en Bohemia, otro de frente en Silesia, y otro á la izquierda hacia la parte de Berlín, amenazando el Elba entre Hamburgo y Magdeburgo. A estos diversos ataques proveyó de una manera que no dejaba que desear nada. El nuevo cuerpo del mariscal Saint-Cyr, fuerte de treinta mil hombres, distribuídos en cuatro divisiones y recientemente llegado de Maguncia á Dresde, fué situado en Koenigstein, más acá del Elba, es decir, á la orilla izquierda, para cerrar las avenidas por donde el enemigo con su grande ejército podía bajar de Bohemia á Sajonia por nuestra espalda. El cuerpo del general Vandamme, fuerte asimismo de treinta mil hombres, destacado del ejército del mariscal Davout y llevado de Hamburgo á Dresde, fué situado á la altura del cuerpo del mariscal Saint-Cyr, si bien más allá del Elba, para custodiar sobre la derecha del río los desfiladeros de las montañas de Bohemia que desembocaban en Lusacia. Un poco más lejos de este punto, siempre á la falda de las montañas de Bohemia, en el desfiladero de Zittau, fueron apostados los cuerpos de Poniatowski y del mariscal Víctor, cuya formación se había llevado á cabo durante la suspensión de armas. Por último á mayor distancia todavía, esto es en Silesia, sobre la línea fronteriza del armisticio, junto al Katzbach y el Bóber se hallaban el 11.º cuerpo del mariscal Macdonald, el 5.º del general Lauristón, el 3.º del mariscal Ney, el 6.º del mariscal Marmont, con la fuerza total de cien mil hombres.

Detrás, cerca de Bautzen, se encontraban la guardia imperial, elevada durante el armisticio de doce á cuarenta y ocho mil hombres, y los tres cuerpos de caballería de reserva de los generales Latour-Maubourg, Sebastiani y Kéllermann, con veinticuatro mil jinetes perfectamente montados. A la izquierda tres cuerpos, el 12.º de Oudinot, el 4.º de Bertrand, el 7.º de Rey-

nier, recibieron la orden de oponerse al ejército del Norte mandado por Bernadotte.

Teniendo distribuídas así sus tropas, resolvió Napoleón acudir de la manera siguiente á las diversas eventualidades de esta formidable campaña. El ejército del príncipe de Schwartzenberg, el más numeroso de todos con mucho, el que amenazaba nuestro flanco derecho por los desemboques de la Bohemia, podía bajar por dos avenidas, una más acá del Elba, es decir, detrás de nosotros, por el camino real de Peterswalde, y otra más allá de este río, es decir, á nuestro frente, por el camino real, que pasando por Zittau, lleva de Bohemia á Lusacia. Necesariamente debía hacer su aparición por una de estas dos avenidas, y Napoleón se hallaba prevenido de igual modo para cualquiera de los dos casos. Con sus cuatro divisiones ocupaba el mariscal Saint-Cyr más acá del Elba la calzada de Peterswalde. Una de estas cuatro divisiones tenía en custodia el puente echado entre las rocas de Koenigstein y de Lilienstein; otras dos ocupaban el campo de Pirna, bajo cuyo fuego pasa el camino real de Peterswalde, y la cuarta, con la caballería ligera del general Pajol, vigilaba todos los caminos accesorios, por donde aún más á la espalda se podía coger de revés á Dresde. De consiguiente si el enemigo quería descender por detrás de la capital de Sajonia, ora para atacarla, ora para dirigirse sobre Leipsick, después de aprovecharse el mariscal Saint-Cyr de las ventajas del terreno para contener la marcha de los coligados, debía poner una guarnición en los fuertes de Koenigstein y de Lilienstein, replegándose de seguida sobre Dresde con sus cuatro divisiones. Junto á esta ciudad y á la cabeza de unos treinta mil hombres, unidos á nueve ó diez mil convalecientes, de batallones de marcha y de guardias de honor dispuestos por Napoleón para guarnecer este punto, debía defenderse allí en un campo atrincherado laboriosamente preparado de antemano, sosteniéndose muchos días sin tener que operar prodigios. En todo caso las cosas estaban prevenidas de modo de proporcionarle socorros prontos y decisivos. Con sus tres divisiones más allá del Elba, una en Stolpen sobre el camino de Zittau, otra en Rumburgo cerca de Zittau mismo, y la otra en Bautzen, podía el general Vandamme enviar una de ellas en el término de veinticuatro horas de Stolpen á Dresde, y traer allí las otras dos sólo en doble tiempo. Así el mariscal Saint-Cyr sería reforzado al segundo día con diez mil hombres y con veinte mil al tercero, lo cual elevaría su fuerza total á cerca de setenta mil combatientes, y á sesenta mil por lo menos establecidos sobre un buen campo atrincherado. De esta suerte se hallaría al abrigo de todos los ataques. Pasados dos días, esto es, á los cuatro desde la aparición del enemigo, de Górlitz debía acudir Napoleón á la cabeza de cuarenta y ocho mil hombres de la guardia, de veinticuatro mil de la reserva de caballería, y de otros veinticuatro mil del cuerpo del mariscal Víctor, dejando en Zittau el cuerpo de Poniatowski. Así al cuarto día estarían bajo los muros de Dresde ciento setenta mil hombres, fuerza muy bastante, dado el terreno, para hacer que se arrepintiesen de su audacia los coligados que hubiesen querido rebasar nuestra posición, y para exponerlos á que ya no tornarían á ver á Bohemia.

En el caso contrario de que el enemigo pensara bajar



de Bohemia á Lusacia, no más acá sino más allá del Elba, no por detrás de Napoleón sino por delante, y en desembarcar por Zittau sobre Gorlitz ó Bautzen, la misma distribución debía producir una concentración de fuerzas igualmente pronta. Napoleón había resuelto situar en el desfiladero de Zittau al cuerpo de Poniatowski, fuerte de unos doce mil hombres, y muy cerca al cuerpo del mariscal Víctor para sostenerle, sumando así por lo menos treinta y seis mil soldados agolpados en una posición fuerte y situada á la misma salida de las montañas y esmeradamente elegida de antemano. En un día la guardia y la caballería de reserva, que estaban en Gorlitz, y la división de Vandamme, que estaba en Ramburg, podían auxiliar con ochenta mil hombres á los treinta y seis mil apostados en Zittau. Un día más bastaba para que la llegada del general Vandamme con sus otras dos divisiones y el repliegue de uno de los cuatro cuerpos establecidos junto al Bóber, llevaran otro socorro de cincuenta mil hombres. También por este medio se juntaban ciento setenta mil combatientes para oponerlos en dos días á este segundo desemboque, dispuestos de manera que se pudieran defender hasta que su concentración se efectuara.

Tales eran las precauciones tomadas sobre las dos hipótesis que presentaban más verosimilitudes. Con todo, si no se realizaba ninguna de ellas, si en vez de querer desembarcar el ejército de Bohemia tan cerca de Napoleón por detrás ó por delante, dejando un cuerpo en Bohemia, iba á unir su masa principal al de Silesia y á acometernos de frente junto al Bóber con doscientos cincuenta mil hombres, para darnos una inmensa batalla, los cuatro cuerpos de Ney, de Lauristón, de Marmont, de Macdonald, que formaban un total de cien mil hombres, podían defenderse junto al Bóber ó replegarse sobre el Neisse y el Spree, y adquirir allí un refuerzo de ciento cincuenta mil hombres, mediante su reunión con la guardia, con la reserva de caballería, con Víctor, con Poniatowski, con Vandamme. De esta suerte, sin tocar á Saint-Cyr siquiera, se debía juntar una fuerza igual á la del enemigo en el tercer supuesto, el único imaginable después de los otros. Añádase en todos los casos la ventaja de la presencia de Napoleón, su arte de aprovecharse de las ocurrencias, la casi certidumbre de ganar una gran batalla bajo su dirección al primer encuentro, y se concibe que se lisonjeara de tener todas las eventualidades en su abono. ¡Qué capitán había calculado en ningún tiempo con tanta exactitud, con tanta universalidad de previsión los movimientos de tan vastas masas, opuestas á otras todavía más vastas!

Faltaba una sola hipótesis para la cual no había tomado precaución alguna de intento, y era la de que aspirando los coligados á rebasar á Napoleón, en vez de bajar inmediatamente sobre su espalda por Peterswalde, lo ejecutasen á más distancia, esto es, por el camino de Leipsick, y probaran á situarse entre el grande ejército y el Rhin con audacia. Esto inquietaba poco á Napoleón, y se sonreía sólo al pensarlo, habiendo dicho con profundidad extremada: «No es del Rhin sino del Elba de donde me importa que no se me corte. No volvería más el enemigo que se atreviera á avanzar entre yo y el Rhin, al par que el que lograra establecerse entre yo y el Elba me cortaría de mi verdadera base de operaciones.» Con

efecto, ¡quién hubiera tenido la audacia de marchar sobre el Rhin, dejando detrás á Napoleón con cuatrocientos mil hombres, á Napoleón no vencido! Lejos del campo de batalla se podían forjar tales ensueños, y se forjaron sin duda; pero á la primera marcha se debía retroceder de espanto, como los sucesos lo probaron en breve.

Estando previstos y parados todos los golpes sobre su espalda, su derecha y frente contra los dos ejércitos de Bohemia y Silesia, preparó Napoleón sobre su izquierda una operación importante, con la mira de hacer cara al ejército del Norte, y de producir un resultado brillante al cual atribuía gran precio, el de ocupar la capital de Prusia, entrar allí en triunfo por medio de uno de sus lugartenientes, y tomar así una venganza de las pasiones germánicas, no cruel, sino humillante. Al mariscal Oudinot encargó que marchara desde Luckán sobre Berlín con su cuerpo, con los dos de los generales Bertrand y Reynier y con la caballería de reserva del duque de Padua. Estos tres cuerpos de infantería, unidos á una porción de la caballería de reserva, debieran elevarse á setenta mil hombres, si bien no subían realmente más que á sesenta y cinco ó sesenta y seis mil entre todos. A la verdad contaban con refuerzos de monta. Se hallaban enlazados á nuestro ejército principal que operaba delante de Dresde, por el general Corbineau á la cabeza de tres mil caballos y de dos mil hombres de infantería ligera.

Este era un vínculo, y no un apoyo; pero más lejos y hacia la izquierda, esto es, á la altura de Magdeburgo, debía encontrarse el general Girard, el mismo que en Lutzen había reparado una falta cometida en España, con un cuerpo de doce ó quince mil hombres, formado de la división de Dombrowski y de la parte disponible de la división de Magdeburgo, cuya ingeniosa composición dimos á conocer más arriba. Situado se hallaba este general delante de Magdeburgo, con cinco mil hombres de la división de Dombrowski, completada y descansada en Hesse, con ocho ó diez mil de la guarnición de Magdeburgo, y debía establecer la comunicación entre el mariscal Oudinot y el mariscal Davout y seguir al primero en su movimiento ofensivo, y elevar el ejército de éste á cerca de ochenta mil hombres. Semejante masa no parece que debiera temer cosa alguna ni de los talentos ni de las fuerzas del príncipe real de Suecia, que tenía muchos allegadizos entre sus tropas, y no podía juntar actualmente más de sesenta mil hombres sobre un mismo campo de batalla, y que probablemente habría de hacer cara muy pronto á otro formidable enemigo, al mariscal Davout, próximo á salir de Hamburgo con veinticinco mil franceses y con diez mil daneses, y á amenazar á Berlín por el Mecklenburgo al par que el mariscal Oudinot le amenazara por Lusacia. Así tenía éste las mayores probabilidades de entrar antes de mucho en la capital de Prusia y de que se le incorporara el mariscal Davout con treinta y cinco mil hombres, lo cual pondría á las órdenes del postrero, destinado á mandar en jefe, una masa de ciento diez á ciento quince mil soldados, y bastaría para desbaratar los proyectos del príncipe real de Suecia. Por tanto, mientras Napoleón hacía cara á la derecha y de frente á las gigantescas fuerzas de la coalición, debía penetrar en Berlín por su izquierda, y herir el foco de las pasio-

nes germánicas, y castigar á Prusia por su abandono y al príncipe real de Suecia por su traición, y alargar las manos á sus guarniciones del Óder y del Vístula. Sin duda era este un extremo brillante y que debía de seducir á Napoleón sobre manera: con todo, el movimiento que ordenaba á su izquierda se resentía de muy largo, pues los cuerpos que debían ejecutarlo se hallaban muy distantes unos de otros, y su cooperación dependía de muchas circunstancias, y podían no salir todas felices. Sus generales, sin ser menos bizarros, ya no abrigan aquella confianza que sostiene en las situaciones azarosas; sus tropas eran jóvenes y estaban mezcladas, y aunque también lo estaba el conjunto de Bernadotte, con quien tenían que venir á las manos, como compuesto de gentes de todas procedencias, le unía el vínculo más poderoso, la pasión. Por último, si era baido uno de sus lugartenientes, se necesitaba andar mucho para llevarle socorro. A decir verdad, la hábil red tendida por Napoleón sólo parecía floja por este lado; pero el deseo ardiente de entrar en Berlín de nuevo, de tener siempre tendida hacia Dantzick la mano, de hallarse otra vez junto al Vístula á la primera batalla ganada, había alterado aquí algún tanto la perfecta rectitud de su juicio militar, al modo que había extraviado completamente su juicio político la preocupación de rehacer toda su grandeza de un solo golpe.

Este defecto produjo otro en la parte de su plan ya trazada y más fuertemente concebida. Verdaderamente había alejado mucho de la capital de Sajonia á los cuatro cuerpos que guardaban su frente delante del Elba. Desde las márgenes del Bóber, donde estaban apostados los cuerpos de Ney, de Marmont, de Macdonald, de Lauristón, hasta las márgenes del Elba, esto es, desde Lowenberg á Dresde, había seis días de marcha. Sobrada era la distancia para que Napoleón tuviese tiempo de socorrer con su reserva á los cuerpos que se hallaban en Lowenberg ó á los que estaban en Dresde. Mientras su pudiera mantener entre unos y otros, ora en Gorlitz, ora en Bautzen, no existía peligro, pues le era posible trasladarse en menos de tres días á Lowenberg ó retrogradar sobre Dresde, y acudir de este modo adondequiera que se necesitase para precaver ó reparar un descalabro. Pero si era atraído á una de las extremidades, si era llamado á Dresde, por ejemplo, podía acontecer que junto al Bóber cayera una gran desdicha sobre alguno de sus lugartenientes y que llegase demasiado tarde para remediarla, necesitando seis días por lo menos para asomar allí con refuerzos, ó que, si estaba en la extremidad opuesta, es decir en Lowenberg, se hallara á su turno la capital de Sajonia en peligro de ser socorrida muy tarde. En suma, para maniobrar concéntricamente en torno de Dresde, á la manera que tiempos antes en torno de Verona, con una reserva situada en el centro y conducida alternativamente á todos los puntos de la circunferencia, era de mucha extensión el círculo y de mucha longitud el radio.

¿Se podía atribuir á descuido en un espíritu llegado á tan prodigiosa experiencia, á tan rigurosa exactitud en sus cálculos? No por cierto, sino al peligroso deseo de facilitar el movimiento sobre Berlín y el Vístula. Efectivamente, había discutido por largo tiempo consigo propio acerca de si debía establecer junto al Bóber ó junto al Neisse, esto es, en Lowenberg ó en Gorlitz, su

cuerpo más avanzado, y aun cuando prefiriera ponerlo en Gorlitz, lo cual le proporcionara situar su reserva en Bautzen y redujera á la mitad el camino que tenía que andar para socorrer á los unos ó á los otros, renunció á efectuarlo por el motivo, constituyente del secreto de todas sus resoluciones (1), de que llevando á Gorlitz su cuerpo más avanzado, no oponía bastantes obstáculos á un movimiento que se sintieran tentados á ejecutar los ejércitos coligados por su derecha para detener al mariscal Oudinot en su marcha. Por el contrario, en Lowenberg los cien mil hombres de Ney, de Marmont, de Macdonald, de Lauristón, impedían absolutamente á los ejércitos enemigos de Bohemia y de Silesia trasladarse por la Lusacia al Brandeburgo y socorrer á la capital de Prusia. Así este deseo de un resultado tan maravilloso, este deseo de tender un brazo hacia Berlín y sobre el Vístula, echaba á perder de continuo sus combinaciones militares á la manera que ya había pervertido sus resoluciones políticas, y le impulsara á debilitar por su mucha extensión un círculo de defensa que, más restringido, fuera invencible. Muy pronto la guerra, que da inmediato pago á los cálculos malos ó buenos, debía galardonar éstos con triunfos brillantes y de castigar aquéllos con desastres ruidosos. Pero no anticipemos nada sobre los sucesos cuya triste relación ha de venir harto pronto.

Lejos estaban de igualar las fuerzas de Napoleón á las de la coalición. Los cuerpos de Saint Cyr, de Vandamme, de Víctor, de Poniatowski, agrupados hacia su derecha; los de Ney, de Marmont, de Macdonald, de Lauristón, alineados hacia su frente; la guardia y la reserva de caballería, situadas en el centro, podían formar bajo su mano una masa movable de doscientos setenta y dos mil hombres sobre las armas. Las tropas de Oudinot, de Girard, de Davout, dirigidas hacia Berlín, formaban otra de ciento diez á ciento quince mil soldados, cosa que elevaba á trescientos ochenta y siete mil combatientes, ó á trescientos ochenta mil por lo menos, las fuerzas activas totales que se iban á oponer á la coalición. Si se añaden veinte mil hombres en Baviera, sesenta mil en Italia y además las guarniciones de las plazas del Elba, del Óder y del Vístula, tales como Koenigstein, Dresde, Torgau, Wittenberg, Magdeburgo, Werben, Hamburgo, Glogau, Custring, Stettin, Dantzick, comprendiendo cerca de noventa mil hombres, se suma el guarismo de quinientos cincuenta mil combatientes, muy inferior al de ochocientos mil que lograron juntar los coligados. Verdad es que las reservas de éstos se hallaban incluídas en el guarismo de ochocientos mil hombres; pero, estrechando bien sus cuadros del Rhin, no podía Napoleón sacar más de cincuenta mil soldados de reserva, y de esta suerte sus recursos, más bien exagerados que reducidos, no presentaban un total de seiscientos mil hombres contra ochocientos mil adversarios. Con todo, estas fuerzas bastaran y aún sobrarian

(1) Esta grave deliberación de Napoleón consigo propio se halla comprobada por largas notas escritas de su puño sobre su plan de campaña, y en las cuales expresó todos los motivos de sus diversas resoluciones, mucho antes de que el resultado justificara las unas y condenara las otras. Por tanto no hay aquí una sola idea que se le atribuya falsa ni aun conjeturalmente, pues las intenciones que le atribuimos se hallan todas comprobadas por escrito. (N. del A.)



en sus manos, si las causas morales estuvieran á su favor como estaban en su contra; pero exasperados sus enemigos, se hallaban resueltos á vencer ó á morir, y sus soldados heroicos, sin duda, bien que batiéndose por honor, eran conducidos por generales cuya confianza estaba quebrantada, y que empezaban á sentir que no tenían razón contra Europa, y contra Francia y contra el buen sentido. ¡Inferioridad moral funesta, y harto más enorme que la inferioridad material del número!

Después de inspeccionar personalmente Napoleón sus puestos de Kœnigstein y de Lilienstein, y de asegurarse con sus propios ojos de si la posición tomada por Saint-Cyr y Vandamme, sobre su espalda y su derecha, se ajustaba á sus miras, se trasladó el 15 de agosto á Gorlitz, donde halló la guardia y la reserva de caballería. Desde allí tuvo empeño en ver la garganta de Zittau, de cuya defensa estaban encargados Víctor y Poniatowski. Tras de establecer á éste sobre una montaña denominada de Eckartsberg, que da frente á la salida del desfiladero y permite obstruir el paso, adelantóse en persona algunas leguas más lejos, escoltado por la caballería ligera de su guardia, á fin de reconocer un país adonde era posible que se penetrara más tarde. Se proponía tomar lenguas acerca de la dirección seguida por el enemigo. Con efecto, ningún síntoma revelaba si los coligados desembocarían hacia la espalda por Peterswalde sobre Dresde, ó hacia nuestra derecha por Zittau, ó sobre nuestro frente por Liegnitz y Lowenberg. Aun cuando Napoleón estuviese rodeado de una nube de enemigos en movimiento, nada sabía de su marcha, por ser cortina difícil de penetrar el espeso muro de las montañas de Bohemia, que hacia la derecha le separaba de ellos. Aplicaba, pues, con singular atención los oídos, acogiendo los más leves rumores, y no adquiriendo más que versiones contrarias según costumbre. No obstante había acuerdo sobre el punto de que un cuerpo de ejército prusiano y ruso había pasado de Silesia á Bohemia para obrar en unión del ejército austriaco. Según se ha visto más arriba, éste era el cuerpo que debía completar el grande ejército del príncipe de Schwartzberg, juntándose á las tropas austriacas. Esta noticia, muy divulgada, inspiró por un momento á Napoleón la idea de entrar precipitadamente en Bohemia por el camino de Zittau á la cabeza de cien mil hombres, y de arrojarse sobre los prusianos y los rusos antes de que se unieran á los austriacos. Es muy cierto que bajo su mano tenía cien mil hombres con Poniatowski, con Víctor, con la guardia y con la reserva de caballería, y que dirigiéndose velozmente hacia la derecha sobre Leitmeritz, pudiera cortar en dos la larga línea que debían formar los coligados antes de hallarse juntos en torno de Comotau. De consiguiente le fuera posible descargar un golpe formidable desde el principio de la campaña, y prendado el mariscal Saint-Cyr de esta idea, más brillante que justa, le impulsaba vivamente en su correspondencia á ponerla por obra. Pero podía suceder que, entrado Napoleón en Bohemia, ya encontrara concentrados á los coligados sobre su derecha, entre Toeplitz y Comotau, y por tanto al abrigo de sus golpes, y en apatid de tomarle la delantera en Dresde, bajando hacia allí por Peterswalde, de modo que, mientras penetrara en Bohemia para sorprenderlos, ya hubieran salido de aquel territorio con ánimo de rebasarle; ó bien

podiera suceder además que los hallara sobre el camino en masa, y que tuviera que combatirlos siendo considerable sus fuerzas, en una posición que le fuese desventajosa, pues si vencía le era imposible perseguirlos hacia lo interior de Bohemia, y si quedaba vencido le era forzoso volver á pasar delante de ellos el desfiladero de Zittau. Para dar batalla más valía esperarlos á su salida de las montañas de Bohemia y encontrarlos sobre la orilla derecha ó la orilla izquierda del Elba, en el momento mismo en que desembocaran por este punto, porque batiéndolos se les acorralaba en las montañas y se podía aprovechar su atascadura en los desfiladeros para quitarles soldados y cañones á miles.

Transponer personalmente las montañas para ir á guerear á Bohemia, equivalía á escoger para sí la posición falsa que convenía dejarles tomar á ellos, aguardándolos á la salida de aquellas montañas sobre una u otra orilla del Elba. Así Napoleón se inclinaba poco á la singular idea que el mariscal Saint-Cyr sostenía calurosamente. Sólo cediera á ponerla en planta si indagara por datos seguros que tenía en efecto á su alcance sesenta u ochenta mil prusianos y rusos, todavía separados de los ciento veinte mil austriacos á los cuales iban á juntarse.

Entregado á una verdadera efervescencia mental á la vista de tantas eventualidades diversas, montó Napoleón á caballo el 19 de agosto por la mañana, y seguido de la caballería ligera de la guardia penetró en Bohemia á la cabeza de algunos miles de jinetes, haciendo la guerra como un joven, como en otros tiempos la hacía en Italia ó en Egipto. Metióse por las gargantas de los montes más allá de Gábel, y aún mostróse á la entrada del hermoso llano de Bohemia á los bohemios, sorprendidos de verle. Hizo prender á los curas y á los alcaldes para hacerles preguntas, y supo de boca de todos que las tropas rusas y prusianas procedentes de Silesia se hallaban á lo largo de la falda de las montañas dentro de Bohemia, para unirse á los austriacos y bajar probablemente á Sajonia por detrás de Dresde. En este movimiento debían cruzar los coligados el Elba entre Leitmeritz y Aussig, y todo anunciaba que ya estaban á orillas ó más allá del río, en las inmediaciones de Toeplitz. Aun cuando fuese buena la operación de lanzarse sobre ellos, ya había pasado el tiempo de practicarla, y convenía apresurarse á volver á Sajonia para pelear en torno de Dresde, sobre el campo de batalla preparado con previsión tan cumplida. Sin embargo, Napoleón hizo gala de presentarse y de darse á conocer de los habitantes, á fin de que el ruido de su presencia en Bohemia resonara hasta en el cuartel general de los coligados. Véase cuál era su intención al obrar de este modo.

Evidentemente el plan de los coligados consistía en entrar en Sajonia después de cruzar el Elba en Bohemia, y en descender sobre Dresde, á fin de tomar esta plaza, ó en trasladarse á Leipsick para situarse entre el Rhin y el ejército francés. Nada podíamos desear que mejor nos acomodase, pues empeñándose de esta manera á espaldas de Napoleón los coligados, se exponían á tenerle sobre sus comunicaciones y á encontrarse en un abismo si en tal posición llegaban á perder una batalla. Siendo esto así, importaba á Napoleón arrojarse de pronto sobre el ejército de Silesia, que tenía delan-

te, á fin de ponerle fuera de juego por algún tiempo y de volver de seguida á atender de plano á las cosas que se preparaban detrás de Dresde. Para el éxito de tal proyecto le era útil retener un momento la marcha de los aliados, inducirles á vacilaciones, hacerles perder de esta suerte uno ó dos días, que serían para él ganados, teniendo que correr sobre el Bóber antes de tornar junto al Elba. No había mejor modo de conseguirlo que presentarse en Bohemia, porque su presencia en aquellos lugares debía provocar mil conjeturas alarmantes ó por lo menos embarazosas.

Después de emplear todo el día 19 en correr á caballo, ora por la llanura, ora por las gargantas de los montes, volvió á pasar los desfiladeros de *Riesen-Gebirge* y tomó la vuelta de Zittau. Al día siguiente, 20 de agosto, ocupóse en preparar por sí mismo el cuerpo de Poniatowski y el de Víctor á la entrada del desfiladero de Zittau, de manera que ambos pudiesen resistir por lo menos tres días á los más vigorosos ataques. Además Napoleón aseguró sus comunicaciones con el general Vandamme, situado entre Zittau y Dresde hacia Stolpen, á fin de que pudiera correr en un solo día á Zittau ó á la capital de Sajonia. Tomadas todas estas providencias, tenía la intención de aguardar otro día más la manifestación completa de los proyectos del enemigo, sin abrigar el más leve temor á pesar de todo, pues dondequiera estaban adoptadas las precauciones de suerte de no dar margen á ninguna zozobra. Con efecto, ochenta mil hombres en marcha hacia la parte de Berlín bajo las órdenes del mariscal Oudinot, apoyados por treinta y cinco mil del mariscal Davout, Saint-Cyr y Vandamme á la parte de Dresde y en acecho sobre las dos márgenes del Elba; dos cuerpos en Zittau guardando las gargantas de Bohemia; cien mil hombres junto al Bóber á las órdenes del mariscal Ney y en espera del contrario que intentara pasar este río; por último Napoleón en Gorlitz, centro de todas estas posiciones, con la guardia y la reserva de caballería, situado á medio camino de los diversos puntos amenazados, presentaban una tela admirablemente tejida, desde cuyo centro estaba pronto el que tan hábilmente la había preparado á caer sobre el imprudente que se aventurara á agitar sus extremidades.

De vuelta Napoleón en Gorlitz el día 20, supo de pronto que el ejército de Silesia tenía invadido desde el día 15 el país neutral, que hubiera debido respetar hasta el 17, lo cual constituía una violación del derecho de gentes, que el ardiente patriotismo del general Blücher no excusaba de ningún modo. Este ejército se encaminaba hacia el Bóber. Al instante puso Napoleón en movimiento la caballería y tres divisiones de su guardia, dejando en Gorlitz las restantes, y tomó sus providencias para estar sobre el Bóber al día siguiente 21. Con el socorro que llevaba el mariscal Ney iba á tener ciento treinta mil hombres, con los cuales había muy de sobra para hacer que Blücher se arrepintiera de su temeridad y de la infracción que se había permitido contra el derecho de gentes. Después de renovar por última vez sus instrucciones á Poniatowski, á Víctor, á Vandamme y á Saint-Cyr, partió muy confiado y lleno de esperanza.

Habiendo empezado las hostilidades en Silesia antes de la época fijada por el armisticio, apenas salían de

sus cantones los cuatro cuerpos del mariscal Ney cuando se presentaron los contrarios. Dos de estos cuerpos se hallaban junto al Bóber, los de Macdonald y Marmont, el primero á la derecha hacia Lowenberg y el segundo á la izquierda hacia Buntzlau. Otros dos estaban todavía más comprometidos, pues se encontraban al otro lado del Katzbach, el de Lauristón en las cercanías de Goldberg, el de Ney entre Liegnitz y Haynau. Casi rebasados estos dos últimos á causa de la aparición súbita del cuerpo de Langerón sobre su flanco derecho, se hallaban en muy inminente peligro. Mucho costó al cuerpo de Lauristón replegarse del Katzbach al Bóber, si bien lo hizo con sangre fría y con denuedo, é incorporóse á Macdonald en Lowenberg sin ningún accidente. Ney, que era el avanzado hacia nuestra izquierda, en vez de replegarse simplemente sobre Buntzlau para reparar el Bóber por este punto, se vino á desplegar audazmente entre el Katzbach y el Bóber, y á desafiar á Blücher, que se encarnizaba contra Lowenberg. Al verle el general prusiano se le fué encima, y quedando así Lowenberg ya libre, bajó hacia Buntzlau, pasó por allí el Bóber y juntóse á Marmont.

Nuestros cuatro cuerpos se hallaban más acá del Bóber el día 20 de agosto, los de Lauristón y Macdonald en Lowenberg, los de Marmont y Ney en Buntzlau, después de causar al enemigo más daño que el que habían sufrido. Llegado allí Napoleón el día 21 por la mañana, quiso tomar la ofensiva sin demora. Cerca de ochenta mil hombres había presentado Blücher, á causa de quedarse el general ruso Sacken, con quien reuniría cien mil soldados, algo detrás sobre su derecha. Napoleón, que tenía ciento treinta mil bajo su mando, empleó la mañana en disponer que se echaran sobre el Bóber puentes de caballetes y en expedir todas sus órdenes para una marcha pronta y vigorosa, porque no había que perder tiempo, esperando ser llamado antes de mucho á la espalda por el grande ejército de Bohemia. De consiguiente resolvió desembocar de Lowenberg con Macdonald y Lauristón, atravesando el Bóber por este punto, y atraer sobre su izquierda á Ney y á Marmont, después de hacerles cruzar por Buntzlau el mismo río.

A cosa de mediodía pasóse el Bóber por Lowenberg, y se marchó de prisa. La división de Maisón, que formaba nuestra cabeza de columna, arrolló por delante á las tropas del general de York, sin darles respiro en ninguna parte. Todo el cuerpo de Lauristón le seguía apoyado por el mariscal Macdonald. A nuestra izquierda los mariscales Ney y Marmont desembocaron de Buntzlau y fueron á estrecharse hacia nuestro centro. Viéndose Blücher tan vigorosamente acometido, no dudó que tenía á Napoleón delante, y se apresuró á obrar á tenor de sus instrucciones, que le prescribían no aventurar nada cuando tuviera enfrente á tan formidable adversario. Cubrióse con un escaso raudal de agua que corre entre el Bóber y el Katzbach y que se llama el Haynau. Ya este día le costó de dos á tres mil hombres.

Al día siguiente, que era el 22, prosiguió Napoleón su marcha ofensiva. En derechura se encaminaron los cuerpos de Lauristón y de Macdonald sobre Goldberg, para repeler á Blücher más allá del Katzbach, mientras le empujaban en la dirección misma Ney y Marmont,